Corazon adorable de Jesus; vos sois la alegria del cielo; ¡ah! sed en lo sucesivo la única delicia de la tierra. Es el amor quien ha hecho esa ancha abertura: vuestra sangre nos ha labado á todos: vuestra muerte nos dá la vida. Acabad vuestra obra, y recibidnos en el seno de la eternidad bienaventurada de donde salisteis para atraernos hacia Vos.

ARTICULO LXXXVII.

Sentimientos de reconocimiento y de admiracion á vista de las obras y beneficios de un Dios Criador.

Quam magnificata sunt opera tua, Domine!
¡Cuan magnificas son Señor, tus obras!
—Psalm 91.

¿Se puede arrojar la vista sobre este vasto universo; se puede considerar su estructura y variedad, sin sentirse lleno de admiracion, de respeto, y de un gran amor por el Autor de tantas marabillas? No, no se os puede desconocer gran Dios, en la exelencia y el número de vuestras obras, y una alma atenta no puede cansarse de considerarlas, de adorar vuestra mano benéfica, y de entregarse á cada momento á los trasportes de una admiracion siempre nueva y de un vivo reconocimiento.

Si, el magnifico espectáculo del universo, es para un corazon sensible y que sabe concidررarlo, una fuente de sentimientos. Es uno de los mas dulces consuelos de este destierro. Es la ocupacion mas digna de un alma que suspira por su amado, y que no pudiendo verle tal como es en su gloria, procura á lo menos mientras, contemplarle aqui abajo en los milagros de su omnipotencia y de su bondad. La tierra y los cielos se le muestran visiblemente, y el astro del dia no recorre el firmamento sino para anuciarle en todos los lugares.

Al principio, (Genes. c. 1.) Vos hablasteis gran Dios, y la nada reconocio vuestro imperio; todos estos objetos tan variados que miran nuestros ojos aqui abajo, todos estos globos brillantes que adornan la bóveda de los cielos, salieron en multitud del caos, vinien-

do á ordenarse en el espacio. Los tiempos nacen, el universo aparece con sus hermosuras, los elementos toman el lugar que vuestro dedo les señala, las estrellas comienzan á brillar, los campos se cubren de verdura, las estaciones nos traen nuevos bienes: ellas derraman una amable abundancia: el mar nos ofrece tambien sus tesoros, y su calma parece invitarnos á hacer uso de él; se estiende algunas veces con violencia, pero en su mayor furor detiene derrepente sus olas espumosas, ante los limites que Vos le habeis trasado en la arena de sus riveras.

Vos veis la tierra y ella tiembla, (Psalm. 75.) y las montañas se derriten en vuestra presencia, como la cera delante del fuego. Sentado sobre el rayo, llamais los vientos y las tempestades, y los relámpagos corren al instante á vuestra voz. No, Señor que sois nuestro Dios, (Psalm. 8.) nada hay en la vasta estencion del universo, que no anuncie vuestra magnificencia y grandeza; que todo se empeñe pues á porfia en conoceros, para celebrar vuestra gloria y vuestro poder. Espíri-

tus que conoceis y amais, seres que respirais, y vosotros insencibles objetos que su mano ha fijado en el reposo, ó á quien ha dado el movimiento, la extencion y la forma, aplaudid todos á vuestro Autor; bendecid de comun acuerdo, su bondad y su sabiduria. Mas sobre todo vosotros, su obra querída, compocicion admirable de dos distintas naturalezas, hombres encargados de llevarle el reconocimiento y los votos, de seres puramente materiales, llenad con alegria un deber tan augusto.

Y si de las maravillas de vuestro poder, Señor, yo paso á las de vuestra misericordia, y de vuestra gracia, ¡que sentimientos no exitarán ellas en mi corazon! ¡Que nuevo aliciente para mi reconocimiento! ¡Que acrecentamiento de admiracion y de alabanzas no producirán ellas en mi! Todos los prodigios que habeis hecho en la naturaleza, han sido para Vos mas bien un juego que un trabajo; la primera creacion no ha sido mas que un lijero ensaye de vuestro poder; ¿pero que no os ha costado la segunda? ¿Podemos nosotros admi-

rar lo bastante este prodijio de amor? pero no anticipemos nada. Al principio, formasteis al hombre á vuestra imajen y semejanza, le colmasteis de bienes, y le adornasteis de mil preciosos dones: él olvida bien pronto vuestros beneficios, y Vos no olvidais vuestra clemencia: Vos le enviais un Reparador, que haceis desender de vuestro seno. El vela su divinidad para hacerse visible á nuestros ojos. El se hace sensible á mis sentidos para que pueda contemplarle y seguirle: él viene á mostrarme el camino de la felicidad. El me facilita los caminos y me tiende las manos; sostiene mi flaqueza, dicipa mi ceguedad, cura mis enfermedades, separa todos los obstáculos que podrian oponerse á mi salud, y para ser feliz, en fin, yo no tengo mas que corresponder á las gracias con que me previene por sus méritos. ¿Puedo yo pensar en este exeso, sin sentir crecer mi sorpresa? sobre la cruz y en medio de los mas vivos dolores es donde el Verbo encarnado se ha dignado producir al nuevo hombre; espirando le ha dado la vida;

y ha salido en fin de su corazon herido y destrozado.

¡O Dios mio! ¿y yo no os amaré despues de tantos favores? ¿y yo podré ocuparme de otra cosa, que del cuidado de demostraros mi zelo y de publicar en todos los lugares las riquezas de vuestra gracia? No, todos los sentimientos de mi corazon, todos mis huesos, siguiendo la espresion del Profeta, (Exod. c. 15.) os dirán sin cesar: Señor, ¿quién hay semejante á Vos? Vos sois magnífico en santidad: (Ps. 89.) Vos sois el Dios de los prodigios. Yo quedo á vista de esto en una admiracion igual á la de vuestro Profeta; yo adoro á su ejemplo con un humilde silencio y un santo temblor, la grandeza de vuestras obras y la gloria de vuestros beneficios.

ARTÍCULO LXXXVIII.

Ventajas de una union íntima con Dios.

In me manet, et ego in illo.—
Joan c. 6.
En mi mora y yo en él.

Estar con Dios, vivir de su vida, no hacer mas de un todo con él, partir todos sus sentimientos, ¿qué suerte mas dulce? ¿qué union mas íntima y mas gloriosa? ¡Ay de mí! el hombre no conoce su precio pues que todos sus votos no se dirigen á este único objeto como término de sus continuos empeños. No, es verdad que no conocemos al que nos llama sin cesar y que está siempre en medio de nosotros para recibirnos. No, nosotros no sabemos cual es su ternura, ni las ventajas que nos ofrece y que podriamos sacar. Si él nos manda amarle, es porque es todo nuestro bien; si quiere que le demos nuestro corazon, es porque es el único capaz de llenarle todo entero. Él nos manda ser felices adhiriéndonos en todo á él,

Todos sus preceptos se reducen á evitarnos el ser miserables, ¿y consentiria que se buscase la dicha fuera de él? Vos nos asegurais, ¡oh mi Dios! que toda vuestra dicha es morar con nosotros. Vos sois la fuente de todos los bienes; nosotros estamos en la indigencia de todo ¿y no nos aprovecharémos de los sentimientos de vuestra liberalidad? Nosotros no nos aprocsimamos á Vos sino con una injusta reserva, y vivimos con relacion á Vos como desconocidos y estrangeros. Nosotros no os confiamos ni nuestras penas, ni nuestros designios; y nuestro corazon nada os comunica. ¿Dónde estariamos ¡oh mi Dios! si Vos nos trataseis con la misma indiferencia? ¿Si no nos amaseis de distinta manera de la que os amamos? ¿Qué seria de nosotros si recibiesemos el merecido de los procederes tan poco dignos de una noble confianza? Pero tal es el ecseso de vuestro amor por nosotros, ¡oh el mas indulgente de los Padres! que no podeis resolveros á abandonarnos por ingratos que seamos, teniendo mas generosidad que noso-

tros frialdad. Dignaos pues en nombre de una tan gran bondad, dignaos cambiar en mí, disposiciones tan funestas. Mi corazon viene á arrepentirse á vuestros piés.

¿Quién me dará que vengas á mí y establezcas en mí tu morada para siempre, á fin de que mi alma errante é incierta cuando está lejos de Vos, cese de correr en pos de los falsos bienes y se fije para siempre en Vos?

Hijas de Jerusalen, (Sap. c. 1.) decidme el lugar donde habita mi amado. Almas fieles y generosas que correis tras el olor agradable de sus perfumes, que vuestro ejemplo me anime é instruya; que me muestre los senderos que conducen á él, y me enseñe las virtudes que le encuentran. Vuestra fé os guia sin cesar hácia este divino objeto; vuestra humildad le mueve y atrae; vuestra caridad le abrasa y le gusta; vuestra perseverancia le detiene; vuestra confianza le empeña y os dá derechos eternos sobre su corazon.

Vos permaneceis en él por una atencion

continua en su presencia, y por los deseos siempre puros de glorificarle en todas vuestras acciones. Vos quedais en fin con él, dejandoos á vosotras mismas y muriendo á todas vuestras afecciones.

¡Oh feliz muerte! ¡oh tierna union! el mas dulce reposo, la calma de los sentidos, la paz del corazon, la perfecta libertad de espíritu, las delicias de la contemplacion, son los frutos de vida que producis con abundancia y que haceis gustar á vuestros favorecidos.

Una suerte tan preciosa, ¿no os animará alma mia? ¿limitareis aquí abajo vuestros deseos como los amadores del mundo? ¿sepultareis, como ellos, las esperanzas infinitas, bajo el vil polvo de una ventaja temporal? El bien de morar con Dios en el tiempo, la gloria de poseerle en su corazon á cada momento para despues poseerle para siempre, ¿puede vacilarse en comprarla á todo precio? Los mártires han marchado al traves de mil espadas y mil fuegos ¿rehusareis seguir sus pasos, para llegar al mismo término y fin

y para estar unida á este Dios tan amable, y tan magnífico que hace la dicha de la eternidad?

ARTÍCULO LXXXIX.

De la constancia en los padecimientos.

Domine vim patior, responde pro me.
Señor fuerza padezco, responde por mi.—Isai. c. 38.

Si, yo voy á sucumbir bajo el peso de los males que sufro, si Vos no me tendeis la mano, ¡oh Dios mio! No acabeis de consumir una yerba esteril y casi seca. Vuestra cólera abrasa y destruye las montañas; ¿y un átomo tal como soy, podrá sostener por mas tiempo vuestra cólera terrible?

Vos veis mi languidez, la naturaleza se queja, respondedle por mí; hacedla callar, descubriéndole los designios secretos de vuestra misericordia sobre mi alma, y los santos artificios de vuestro amor que quiere probar

mi fidelidad y mi constancia bajo las apariencias de un santo rigor. ¿No es sufriendo por Vos, como puedo yo daros el testimonio menos equívoco de la solidez de mi afecto?

Que si estos sentimientos son superiores á mi flaqueza, si ella no es capaz de ofreceros un amor puro y desinteresado, divino Salvador, modelo de una humilde paciencia, autor y consumador de la fé, sedlo de mi esperanza; sostened mis esfuerzos, reanimad mi valor, quitando de mis ojos el velo que me oculta la mano paternal que me hiere, y que no lo hace sino para curarme. Sois Vos quien me hareis amar las crueles desdichas que me agobian, mostrándome las miras adorables de aquel que las permite.

Es un Dios tan justo como bueno, es el Arbitro soberano de nuestros destinos. Mis males son la obra de su misericordia, mas bien que de su justicia y de su rigor. ¿Podrán ellos no serme dulces bajo este título? ¡Pero qué! ¿llamaré males unas cortas pruebas

que deben procurarme los bienes de la eternidad?

¡Oh Salvador mio! ¿llamaré desgracias lo que en todo tiempo ha sido la herencia mas gloriosa de vuestros favoritos?

Hombre ciego y de poca fé, ¡ah! mientras que los cielos y la naturaleza entera aplauden al Criador adorando sus voluntades supremas, ¿se os oirá solo sobre la tierra, quejaros amargamente de algunos dolores, y turbar la harmonía de este concierto universal de alabanza y accion de gracias, con la disonancia de vuestras murmuraciones? Llamado á una felicidad sin límites, ¿no reformareis vuestras ideas pusilánimes? ¿No os avergonzareis en fin, de vuestra insensibilidad, echando la vista sobre los tormentos y constancia de tantos héroes de la fé? ¿Vuestra sangre correrá como la suya? ¿Habeis sido entregado como ellos al fuego y á los leones? Flaco y débil discípulo de un Dios que ha padecido tanto, ¡ah! sí yo debo quejarme, que solo sea de no parecermele; que sea de no padecer, de no ser dig-

no de dar mi vida por la gloria de su santo nombre. ¡Ah! él no ha rehusado dar la suya por mi salud. ¿Cómo podrá suceder que mi reconocimiento le rehuse alguna cosa?

¡Oh Dios moribundo sobre el Calvario! al veros, ¿puedo pensar en mis propios dolores? No, los vuestros les sobrepujan tanto, que me instruyen y me mueven mas eficazmente sin duda, que cualquier otro motivo.

¡Oh cruz, oh clavos, llagas sagradas! yo deseo mezclar mis lágrimas con la sangre que corre de vosotras. En lo sucesivo vosotras sereis la respuesta á mis quejas, y el alivio á mis males. La uncion que sacaré de vosotras, llenará todas mis pérdidas, y hará mi suerte tan dulce, tan preciosa, como los mas raros favores.

Dios redentor, Vos sereis en adelante el apoyo de mi flaqueza; y á pesar de los desfallecimientos de la naturaleza, me elevareis sobre mi, sereis mi consuelo y mi paciencia, y en fin coronareis en el cielo vuestros dones y mi fidelidad.

ARTÍCULO LXXXX.

Sentimientos de una alma atribulada, á vista de los riesgos que amenazan su flaqueza.

Quare me repulisti? et quare tristis incedo dum affligit me inimicus.
¿Por qué me has desechado? ¿y por qué ando triste mientras me aflige mi enemigo?.—Palm. 42.

Un infortunado que lucha largo tiempo ha contra las olas, en medio de un mar tempestuoso que á cada momento parece sumergirle, vuelve á todas partes sus tristes miradas, para buscar el socorro necesario. De la misma manera mis votos y suspiros reclaman ¡oh mi Dios! vuestra bondad y vuestra asistencia.

Un torrente de males inunda mi alma; yo me hallo en un foso cuyo fondo no encuentro, y pereceré sin recurso, si no me tendeis la mano. Dejaos mover de mi situacion, y sacadme del abismo que mis pasiones entreabren bajo mis pasos vacilantes. ¿Cuál es pues la felicidad que yo me

habia prometido en la virtud? y mis esperanzas, ¿están acordes con mis trabajos y con las revoluciones de una carne corrompida y siempre opuesta á la ley del espíritu?

Trabajando continuamente con mis culpables inclinaciones, mi fidelidad se encuentra espuesta á las mas duras pruebas. Mas ¿qué digo? ¿y que es lo que me atrevo á llamar mi fidelidad? ¡Ah! ¿no es mas bien mi culpable debilidad, la que forma los obstáculos que encuentro á cada instante? Ella es, sí, es sola ella la que me hace sentir la pena y pesadez de un yugo que es todo lijereza y dulzura, para aquellos que lo llevan con valor. En lugar pues de quejarme de un mal que es mi única obra, yo deberia aceptar humildemente su saludable amargura, no buscar el remedio y curacion, sino en el fervor de una fé tan diligente como viva. Un amor tierno y generoso seria para mí, un asilo seguro contra la congoja que me apremia y persigue con el mayor encarnizamiento.

Sí, Señor, yo lo conozco; pero tal es mi

flaqueza, que no me ha inspirado hasta aquí sino deseos superfluos y vanos esfuerzos.

¡Oh mi único refugio, mi sola esperanza! dadme este amor que me falta, y no acabeis, rechazándome, de oprimir mi corazon que muere de tristeza. Todo me abandona, todo se me hulle, y no me queda mas de mi llanto, mi dolor y vuestra piedad. Vos veis en mí todos los males y todas las necesidades; que yo encuentre en Vos todos los recursos y todos los bienes. Vos sois mi Dios, Vos me amais, ¿podré perecer? No, no, yo ultrajaria vuestro amor si no concibiera mejores esperanzas. Vos justificareis mi confianza; volvereis la vida y la alegria á mi alma abatida; su flaqueza publicará ultimamente vuestra fuerza, y su reconocimiento celebrará para siempre vuestra bondad. Decidle ahora que Vos quereis su salud y alegria; pero decidle de manera que su misma tristeza lo oiga. Derramad sobre mi corazon toda la uncion de vuestro espíritu. Que el dolor que me aflige no sea un cambio de vuestra cólera, y un justo castigo de

mis faltas; sino que sea mas bien el trabajo inseparable de la generacion del hombre nuevo.

Vos invitais con una compasiva ternura á todos los que están fatigados, á que se aprocsimen á Vos: sobre la fé de vuestra palabra vengo á vertir mis amarguras en vuestro seno paternal.

¡Oh llave de David! abrid á un miserable la puerta de vuestra misericordia, de esta misericordia toda gratuita que borra los pecados, que aleja los peligros, que somete las pasiones, que disipa el temor y prodiga todos los recursos. Verificad en mi favor esta consoladora promesa, que nos asegura que nadie podrá cerrar cuando Vos abris, (Psam. 22.) y que ningun obstáculo puede detener á aquel que querais introducir en el santuario de vuestra gracia. Que vuestra voluntad tan poderosa como eficaz, domine sobre mi voluntad rebelde y vacilante. Afirmad mi corazon tan flaco y débil; ensanchad este corazon tan estrecho; abridle á todo lo que puede abrasarle en vuestros fue-

gos; cerradle á todo lo que pueda alejarle de Vos, y estorbarle la entrada de este reino eterno donde solo Vos podeis ponernos.

ARTICULO XCI.

Solo Dios sabe endulzar eficazmente todos nuestros trabajos.

Secundum multitudinem dolorum meorum::: consolationes tuae laetificaverunt animam meam.
Segun la multitud de mis dolores::: tus consuelos alegraron mi alma.—Psalm. 93.

Yo iba á perecer ¡Dios mio! cuando vuestra mano propicia se ha dignado sacarme del profundo abismo donde yo estaba á punto de caer. Asi como despues de una tempestad en que las olas irritadas han turbado la mar, y sumergido las campiñas, la calma que renace asegura al piloto atemorizado, de la misma manera un corazon oprimido de congoja y tristeza siente que se disipan todas sus inquietudes, cuando él vie-

ne á vertirlas en el seno del mas tierno de todos los Padres.

En vano, Señor, yo habia buscado fuera de Vos que se aliviasen mis trabajos. Los frívolos discursos de los hombres, los aumentaban en lugar de calmarlos.

Solamente Vos, ¡oh Padre de todo consuelo! solamente Vos sabeis hablar á nuestros corazones, y podeis hacer gustar á una fragil naturaleza, la tristeza saludable de la cruz, descubriéndole su mérito. Vuestra bondad complaciente nos ayuda á llevarla, proporcionándola siempre á nuestra flaqueza. Para salvarnos y no para perdernos, nos heris con un aparente rigor: como Padre y no como Juez nos castigais: vuestra ternura sufre tanto como nosotros, nuestros males; pero ella quiere librarnos por medio de trabajos llevaderos, de unos suplicios que serán tan espantosos como continuos; y ella es tanto mas dulce, cuanto parece mas severa, porque entonces asegura mas nuestra salud y embellece con mas liberalidad nuestra corona. No, ¡oh Dios de misericor-

dia! Vos no teneis otro designio, derramando amarguras sobre nuestra vida, que preparar el mérito de nuestra muerte; y el reconocimiento mas perfecto debiera ser el único sentimiento de nuestros corazones, si nuestra ceguedad y nuestra molicie, nos dejarán reflecsionar sobre nuestros mas caros intereses.

Que sea aquí para mí, el tiempo de vuestras venganzas, ¡gran Dios! y pues que mis pecados no pueden quedar impunes, preparaos á satisfacer vuestra justicia: no escucheis los gritos de mi dolor; no hagais aprecio de un corazon flaco y enfermo cuya sensibilidad solicita el fin de sus congojas. Perdonarme, seria castigarme muy severamente. Vengaos aquí abajo Señor, y nada reserveis para esa eternidad tan terrible. El rigor de vuestros azotes hará toda mi seguridad, y el ecseso de mis trabajos, será el ecseso de vuestras misericordias, poniendo el sello de mi predestinacion.

Preciosos sufrimientos, sí, vosotros sois para mí la prenda mas segura del amor de mi

Dios, vosotros sereis en lo sucesivo el fundamento mas firme de mi esperanza y el mas dulce consuelo de mi corazon: yo os procuraré con tanto empeño, como el que he tenido de huiros: yo os veré como un testimonio sensible de los tiernos cuidados de mi muy amado: yo os pondré con complacencia en medio de mi seno. Lleno de estos sentimientos, yo no veré mas que una misericordia atenta, en las diversas situaciones en que quiera ponerme: yo adoraré sin descansar vuestros designios: yo besaré vuestra benéfica mano en las aflicciones que me enviareis. Feliz, si merezco por mi sumision y mi paciencia, los consuelos eternos prometidos, á aquellos que padecen y sufren con alegria y constancia.